

“otras noticias que ignoraba. En el acto sacó un papel del saco, y enseñándolo melo, añadió:

—“Este es un fallo que os condena al tormento ordinario y extraordinario: tal es el resultado de vuestra terquedad.

“Y me hizo bajar al cuarto del tormento con el sargento Labrière, y allí me enseñaron ambos todos los instrumentos, me los presentaron, y me echaron un largo sermón sobre las prensas, las cuñas, las cuerdas, escagerando cuanto mas podian los dolores que esto causaba, achatando las rodillas. Sus palabras me hubieran asustado verdaderamente, á no haber estado resuelto á pasar por todo, y á no haber tenido la paz en mis manos, manifestando con oportunidad lo que tenia orden de decir. Contesté que el rey era dueño de mi vida: que podía quitármela; y que con mayor razon podia mandarme aplastar las rodillas; pero que seguro de su justicia, no podia creer que consintiera en tratarme con tano rigor sin haberlo merecido.”

Por último, despues de pasar seis semanas en medio de las mas espantosas angustias, comenzó Laporte á ser tratado con ménos severidad: se le sacó del cuarto en que habia estado encerrado hasta entónces, y se le puso con otras dos víctimas de la arbitrariedad, una de las cuales era el conde de Achon, cuyo crimen se reducía á haber sido adicto á la reina madre. Se le habia metido en la Bastilla con un ayuda de cámara de la reina; y habiendo logrado este evadirse, se encerró al desgraciado conde en un calabozo sin mas luz que la de una lámpara. Allí permaneció siete años, dice Laporte; y habiendo entrado sin barba, salió con el pelo cano.

En esa época se formó en la Bastilla un complot, en que entraron los mariscales de Vitry y de Bassompierre, el conde de Cramail, du Condray-Montpensier, du Fargis y varios otros. El gefe era el abate de Gondy, que fué despues cardenal de Retz. Aunque no estaba preso, visitaba á menudo á Fargis su tío, y se habia hecho amigo de los otros cautivos de distincion que podia ver.

No era aquella la primera zorra que desollaba el turbulento abate, quien habia formado entónces el proyecto de apoderarse de la Bastilla, para sostener la insurreccion que trataba de hacer estallar en Paris.

Su plan estaba perfectamente concebido. Los conspiradores se hallaban divididos por cuarteles en la capital, y al darse la señal convenida, debian los de cada uno levantar barricadas y dirigirse hácia al Puente Nuevo, miéntras Gondy á la cabeza de los hombres intrépidos que tenia á la mano se apoderaba de palacio. En el mismo instante los mariscales presos, que habian ganado á parte de la guarnicion de la Bastilla, debian arrestar al gobernador, y dueños de la Ciudadela, contener á las tropas reales con la amenaza de destruir á Paris. El abate se habia puesto por otro lado en relaciones con el conde de Soissons, que estaba al servicio de España y habia alcanzado ya algunas ventajas sobre el ejército real.

Quedó, pues, convenido que la noticia de la primera victoria obtenida por el

conde seria la señal de la insurreccion, y que Soissons victorioso correría á Paris para sostener á los insurrectos y dar el último golpe al poder del cardenal.

El 6 de Julio de 1641, ganó el conde al ejército real la batalla de Martée, bajo las murallas de Sedan, y el 8 llegó la noticia á los conjurados de la Bastilla, que al punto se reunieron en consejo. El mariscal de Vitry queria obrar sin tardanza; pero los demas prefirieron esperar á que Gondy les trasmitiera personalmente la nueva, por la seguridad que habria entónces de contar con su cooperacion. No habia acabado aún la disputa cuando llegó el abate, que confirmó la noticia, agregando que al visitar Soissons el campo de batalla, despues del triunfo, lo habian matado de un pistoletazo, sin que se supiera si su muerte era resultado de un accidente ó de un asesinato.

Aquel incidente obligó á los conjurados á diferir la ejecucion de su plan, que trataban siempre de realizar en primera oportunidad, cuando la muerte de Richelieu, acaecida el 4 de Diciembre de 1642, devolvió la libertad á todos los presos por asuntos de política.

## IX.

Toma de la Bastilla por los Frondistas.—El conde de Rieux.—Gourville.—Fouquet.—Pélisson y su araña.—Rohan, des Préaux, y la marquesa de Villars.

“La Francia despues de Richelieu y de Luis XIII,” dice Mr. de Michelet, “se encontraba como despues de Enrique IV, bajo una débil mano de muger, que no sabia ni resistir ni contener. El Concini de aquella nueva María de Médicis era un italiano de mucho talento, el cardenal Mazarino. Su administracion tan deplorable en lo interior, cuanto gloriosa en lo exterior, fué perturbada por “la ridícula revolucion de la Fronda.”

Por mas que diga ese eminente escritor, si la Fronda tuvo algunos episodios ridículos, los tuvo tambien sublimes. Su causa era noble, como nacida de los esfuerzos que habia hecho el parlamento para que aprobara la regente las proposiciones llamadas *de la cámara de San Luis*, contenidas en veinticinco artículos, de los cuales uno estaba concebido en estos términos: “Ninguno de los súbditos del rey, de cualquiera clase y condicion que sea, podrá ser detenido mas



“de veinticuatro horas, sin ser interrogado segun las ordenanzas y entregado à “su juez natural, so pena de responsabilidad propia y personal de los carceleros, “capitanes, ó cualquier otro que lo detenga.”

Envenenada la disputa, la reina habia mandado prender á un presidente y un consejero del parlamento llamados Blancmesnil y Broussel, á quienes el pueblo reputaba sus mas enérgicos defensores. Apénas se divulga la noticia de ese acto de hostilidad, ruge el motin en Paris: el pueblo corre á las armas; en pocos instantes se levantan mil doscientas barricadas. Asustada la regente consiente en devolver la libertad á los dos magistrados; pero tal concesion es demasiado tardía para calmar la agitacion, que aumenta por el contrario y adquiere tal gravedad, que Ana de Austria se pone en fuga, llevándose al rey y seguida de los príncipes, del cardenal Mazarino y de la mayor parte de la corte.

El parlamento no se intimidó en tales circunstancias: levantó tropas, armó á los vecinos, declaró á Mazarino autor de los disturbios, le mandó salir del reino dentro de ocho dias, so pena de quedar fuera de la ley. Nombró ademas generalísimo al príncipe de Conti, y confió el mando de la capital al duque de Elboeuf.

“La reina” dice Anquetil, «habia tomado tan mal sus medidas al salir de Paris, que ni siquiera pensó en asegurarse de la Bastilla, para contener la poblacion y dejó la fortaleza sin pan, sin municiones, con veintidos soldados á las “órdenes de Tremblay, hermano del famoso padre José, guarnicion mas á propósito para custodiar presos que para defender una plaza.”

Los parisienses, que ignoraban el mal estado de la defensa y provisiones de la Bastilla, no se habian atrevido al principio á atacarla, creyéndola en estado de acabar con la ciudad. El parlamento, que no tenia mejores noticias sobre el particular, creyó sin embargo que bastaria quizá una vigorosa demostracion para intimidar á Tremblay, mucho mas carcelero que soldado, y mandó al duque de Elboeuf cercar la fortaleza y tomarla.

Cinco dias habian trascurrido desde la huida de la regente, cuando el 11 de Enero despertó á los parisienses el sonido del tambor y el grito de: *¡á las armas!* que resonaba por todas partes. Los vecinos, aunque mal armados todavía, corren en tropel á las calles, así como el nuevo ayuntamiento á las casas consistoriales, á recibir las insignias de sus dignidades de manos de las duquesas de Longueville y de Bouillon. “La mezcla de bandas azules” dice el cardenal de Retz en sus Memorias, «de damas, de corazas, de violines en las salas; el ruido “del tambor y el sonido de las trompetas en la plaza, formaban un espectáculo “que mas se ve en las novelas que en otra parte.”

No se necesitaba mas para entusiasmar los ánimos, y pronto veinte mil hombres, armados unos bien y otros mal, prorumpen en el grito de: *A la Bastilla! Caiga la Bastilla!*

No era fácil establecer el orden entre aquellos soldados improvisados; pero se les mezcló con algunas tropas disciplinadas, y sin gran confusion se dirigió ese

ejército sobre la fortaleza, conducido por el duque de Elboeuf, y por su hijo el conde de Rieux.

Llegado á corta distancia de la plaza, el duque manda hacer alto, y el conde por orden de su padre, avanza como parlamentario: es introducido al primer patio, donde encuentra á Tremblay, y le intima en nombre del parlamento que entregue la Bastilla, so pena de ser declarado culpable de traicion en primer grado.

Pero si Tremblay no habia podido avituallarse ni proveerse de municiones, sí habia logrado dar aviso á la corte de su posicion, y habia sabido la vispera que se enviaban tropas reales en su socorro. Declaró, pues, que léjos de prestarse á recibir órdenes del parlamento, pretendia dárselas, y que si los rebeldes mandados contra él no se retiraban en el acto, iba á mandar asestar todos sus cañones sobre la ciudad para destruirla.

Todavía duraba la conferencia, cuando se oyó por el lado del arrabal un fuego bastante vivo de mosquetería, que acabó de tranquilizar al gobernador. Era en efecto la vanguardia de un cuerpo numeroso que atacaba el puesto de la puerta de San Antonio, como lo supo Rieux al volver al lado de su padre.

—Amigos míos,—esclama entónces el duque de Elboeuf, recorriendo el frente de bandera de su ejército,—los mazarinos vienen al socorro de la Bastilla: si llegaran á entrar, nada podria salvaros; Paris seria muy pronto un monton de ruinas, que serviria de tumba á vuestras mugeres y á vuestros hijos, víctimas de las balas de la fortaleza. Es, pues, indispensable vencer ó morir, y ya que tenemos cañones en el Arsenal, emplémoslos en abrir brecha en esas murallas, y demos el asalto.

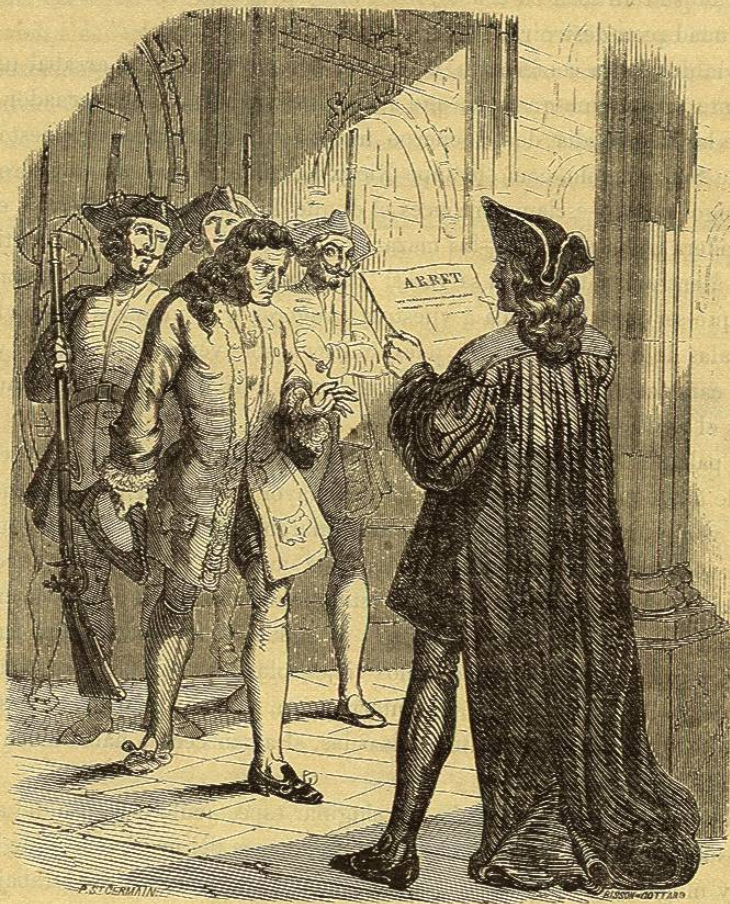
Estas palabras aumentaron la ecsaltacion del pueblo, sin que parezca nada imposible á aquellos hombres, que en su mayor parte cojen un mosquete por primera vez; y miéntras las tropas de línea marchan al encuentro de los mazarinos, los voluntarios, á quienes el furor y la audacia sirven de instruccion, se precipitan al arsenal, en cuyo jardín establecen una batería como por encanto, trabajando con ardor hombres, mugeres y niños, á las órdenes del duque de Elboeuf, y bajo la direccion de algunos viejos soldados. La tarea continuó todo el resto del dia y toda la noche sin interrupcion, y como entretanto las tropas reales habian sido vigorosamente rechazadas, al amanecer no habia inconveniente para atacar la fortaleza.

En aquel momento presentaba un singular espectáculo el jardin del arsenal: miéntras se acababan de colocar los cañones, damas del gran tono y de la clase media, y mugeres del pueblo, se paseaban por allí y visitaban los trabajos, como si se tratara de un simple objeto de curiosidad. La muchedumbre de curiosas, léjos de disminuir cuando se dió la orden de romper el fuego, se hizo por el contrario mas compacta, y se vió á las señoras mas principales y mas elegantes de la época solicitar el favor de entrar en la batería para juzgar del efecto de los tiros sobre las murallas. Muchas lo obtuvieron; y aquellas seductoras hijas de Eva, en vez de mostrarse molestadas por el humo de la pólvora, manifestaban



impaciencia de que contestara la fortaleza, á fin de que la escena se animara mas. Pero en esta parte se frustró su esperanza, por la razon incontestable de que no habia en la Bastilla pólvora ni balas.

Tremblay, no contando ya con socorro, habia resuelto rendirse, para lo que no esperaba mas que un simulacro de ataque: así es que al segundo cañonazo disparado contra sus muros, se apresuró á mandar un parlamentario á los sitiadores á pedir capitulacion. El conde de Rieux entró en la Bastilla por segunda vez. "El gobernador prometió rendirse, si no recibia socorro dentro de veinticuatro horas, y salió en efecto el 13 á medio dia, con sus veintidos soldados, "abreviando así los placeres de las damas de Paris."



Mientras todo esto pasaba, el parlamento estaba en sesion permanente, y el príncipe de Conti asistía á ella, cuando llegó el conde de Rieux á anunciar la rendicion de la fortaleza y á pedir órdenes. Se trataba de dar un gobernador á la Bastilla, y el parlamento queria nombrar á uno de sus miembros para asegurar el artículo denominado *de la seguridad pública*, que dejamos copiado arriba; pero el príncipe de Conti manifestó que si la Bastilla era una prision de Estado,

era tambien una fortaleza, y que sobre todo en la situacion actual, convenia confiar su custodia á un guerrero. Habiendo pedido entónces la palabra uno de los concurrentes, propuso para gobernador al consejero Broussel, y para adjunto á su hijo, valiente oficial llamado La Louviere.

Aquella indicacion, que conciliaba todos los intereses, fué adoptada por unanimidad. No sin trabajo consiguió el viejo Broussel, de cerca de ochenta años de edad, tomar posesion de su gobierno. Apénas se habia rendido la Bastilla y salido la guarnicion, cuando un gentío inmenso corrió hácia el puente levadizo, porque si bien haber tomado la Bastilla era grato á aquel pueblo generoso, no creia sino medio realizada su tarea miéntras no visitara las prisiones, los calabozos, los *in pace* de aquella lúgubre mansion, para sacar de allí á las victimas que pudieran encontrarse; pero no las habia, ó por mejor decir, habia dejado de haberlas. Todo se buscó, se registró, se ecsaminó: se entró á los calabozos mas espantosos: se encontraron y se despedazaron ó echaron á los fosos, los instrumentos de tortura; pero no se halló un solo preso.

Cuando la calma sucedió al tumulto, Broussel y su hijo se establecieron en la fortaleza.

No entra en nuestro plan referir todas las intrigas políticas de aquella época: dirémos solamente que fueron tales, que el príncipe de Condé, aprehendido por orden de la regente, y puesto en libertad á ruegos del parlamento, abandonó de repente al parlamento y á la reina, y formó un tercer partido, á cuya cabeza pretendia dominarlo todo, miéntras el duque de Orleans, cediendo á la influencia de la señorita de Montpensier, su hija, permanecia en Paris en una especie de neutralidad.

Tal era la situacion de los partidos, cuando el 2 de Julio de 1652 se encontraron el ejército real y el príncipe de Condé á la entrada de Paris, cerca del arrabal de San Antonio. Despues de un combate bastante reñido, Condé se vió obligado á internarse en el arrabal, donde se parapetó, y abrió troneras en las principales casas; pero era tan grande la superioridad de Turena, gefe del ejército real, que la derrota del príncipe parecia indefectible, cuando la señorita de Montpensier, que lo amaba sin ocultarlo, llegó á la Bastilla con una orden de su padre, en la que se prevenia al gobernador que obedeciera en todo á la jóven.

No cabe duda en que Louviere, el hijo de Broussel, que mandaba la fortaleza, era un valiente soldado; pero profesaba como tal una obediencia absoluta á sus superiores, y el duque de Orleans tenia una categoría demasiado elevada para que pensara en resistirle, á lo que se agrega que obedeciéndolo, no podia comprometer los intereses de la Fronda. Confiado, pues, á la nueva heroína el mando de la fortaleza, sube á las torres, asesta sobre el ejército real los cañones que al punto son disparados, y que arrancan á Turena la victoria, forzando á sus tropas á retirarse.

Poco tiempo despues, á consecuencia de una disputa que tuvo el conde de



Rieux con el príncipe de Condé, en la que le pegó en la cara, fué conducido á la Bastilla, y aplicándosele el artículo concerniente á la seguridad pública, á las veinticuatro horas estaba en libertad.

El pueblo se hallaba horriblemente cansado de aquellas luchas interminables, de aquellas intrincadas intrigas, que no producian otro resultado que aumentar sus sufrimientos, en provecho de unos cuantos intrigantes de alto rango. Engañado, traicionado, vendido por los infames que habia considerado como sus salvadores, y para quienes era un juego su estremada miseria, se volvió hácia el jóven rey, y Luis XIV, que acababa de entrar en su mayor edad, volvió por fin á su capital. El pobre pueblo no hacia por desgracia, al abrirle las puertas, mas que sustituir un tirano á muchos: se deshacia de amos, de los que algunos eran sus amigos, para entregarse al mas implacable de todos.

El instinto del despotismo estaba sobremanera desarrollado en Luis XIV, para que, á pesar de su tierna edad, no comprendiera toda la importancia de la Bastilla, por lo cual, apénas entró en Paris, cuando previno á Louviere que la entregara. Louviere al principio quiso resistir, y la amenaza del rey de mandarlo ahorcar en los fosos del castillo no era capaz de intimidarlo; mas al saber que el consejero Broussel, su padre, estaba enfermo en el asilo á que se habia retirado, no pudo sobreponerse al deseo de abrazar otra vez á aquel anciano mas que octogenario, y rindió la Bastilla á Labacheliere, á quien Luis XIV habia nombrado gobernador.

El primer preso de alguna importancia encerrado en la Bastilla en tiempo de ese monarca, fué Gourville, que de ayuda de cámara del duque de La Rochefoucauld, habia pasado á ser uno de los primeros dependientes del superintendente Fouquet. Aquel hombre de la nada, á quien solo su mérito habia elevado á tan distinguida posicion, no podia menos de tener muchos enemigos entre los cortesanos de segundo orden, raza innoble é insociable, que no retrocedia ante ninguna infamia, por tal de satisfacer su horrible avidez. Esas moscas venenosas zumbaron tan récio á los oidos del cardenal Mazarino contra Gourville, que el odioso italiano acabó por dar orden de meterlo en la Bastilla, sin que una acusacion positiva pudiera, ya que no justificar, atenuar por lo ménos aquel acto incalificable, tan frecuente entónces.

El proveedor de la fortaleza era el abate Fouquet, hermano del superintendente, y él espedia las órdenes de prision, que el cardenal firmaba sin leerlas.

A imitacion de los principales personajes de la época, escribió Gourville sus Memorias, en las que cuenta en los términos siguientes la historia de su cautiverio.

“El señor cardenal, á principios de Abril de 1656, dió orden de llevarme á la Bastilla al gobernador Bacheliere, quien con tal objeto pasó al siguiente dia á mi habitacion con algunos soldados. Preguntó á un lacayo que encontró á la puerta de mi cuarto, si estaba yo allí y en qué me ocupaba: el lacayo le contestó que estaba con mi maestro de baile. Al encontrarme dando mi leccion,

“me dijo riendo que era preciso dejar las piruetas para otro dia, porque tenia orden del señor cardenal de conducirme á la Bastilla, á la que me llevó en su carroza; y como no habia allí preso alguno de consideracion, me puso en una pieza entresolada, que era la mas cómoda de todas, en la que estuve encerrado ocho dias enteros, sin ver mas que al que me metia la comida. Despues fué á visitarme el señor gobernador y me dijo que el superintendente le habia encargado que me proporcionara las distracciones, que estuvieran en su mano, y que me pondria en comunicacion con los demas presos, aunque no podia permitir la entrada á ninguno de mis amigos. Mucho me alegró lo que se me otorgaba, por sentirme ya agobiado de un fastidio intolerable. Poco despues, un dia de vigilia que mandé por un pescado muy sabroso, rogué al gobernador que me acompañara á comer, á lo que se prestó. De sobremesa nos pusimos á jugar, y en lo sucesivo me trató muy amistosamente. Me dejó en libertad para escribir y recibir cartas, y de cuando en cuando tenia oportunidad de hablar con algun amigo mio que iba á visitar á otros encarcelados cuyos cuartos quedaban junto al en que yo habitaba; mas á pesar de todo me perseguia un hastío insuperable, sobre todo desde las nueve de la noche, hora en que me cerraban la puerta, hasta las ocho de la mañana. Para entretenerme me ocurrió pedir habas, que dividí entre varios papeles numerados: me ponía á pasear en mi pieza, que tenia once pasos de ventana á ventana, y á cada vuelta que daba, pasaba mi criado una haba del papel á la mesa. Como habia un número fijo, al acabar habia andado dos mil pasos.

“Me hice llevar libros; pero al procurar leer me divagaba en el acto pensando en el modo de salir de allí, de suerte que no ponía cuidado en lo que iba leyendo. Mis amigos no encontraban arbitrio para libertarme: sin embargo, como habia entre los presos seis de capacidad, calculé que si conseguia las llaves de sus cuartos y el mio, podria esconder á mi criado una noche antes de que me cerraran la puerta, dándole la llave para abrirla, y yendo en seguida á sacar á los otros, para tratar de bajar al foso por un lugar que habia observado, volviendo á subir por el opuesto. Para lograrlo, estando los seis alojados en dos pisos, me dí maña para ganar al encargado de abrirnos las puertas, tomé las medidas de cada llave con cera, y las envié dentro de una caja á Laroche-foucauld, para que mandara hacer otras iguales á un hábil cerrajero que vivia por allí. Mas por el mes de Septiembre, sabiendo que el abate Fouquet corria por encargo del cardenal con encerrar á menudo gente en la Bastilla, y con poner en libertad á otros muchos, pensé valerme de ese arbitrio, con cuyo fin entré en relaciones con un procurador, hombre de talento y muy burlon, que el abate habia encarcelado. Paseándonos un dia juntos, entró en el patio un quidam, que encontrando allí un lebre, quedó sorprendido y preguntó por qué estaba allí. El procurador respondió con tono sarcástico: Porque ha mordido al perro del señor abate Fouquet.

“Propuse á mis amigos que vieran al superintendente y se abocaran con su